

Palabras del Diputado Osvaldo Andrade Lara al asumir la Presidencia de la H. Cámara de Diputados de Chile

Valparaíso, marzo 22 de 2016

Señoras y Señores diputadas y diputados

Lo primero: agradecer a las bancadas de los partidos que conformamos la Nueva Mayoría y, especialmente a mi bancada, la del Partido Socialista de Chile, el honor que me brindan al elegirme Presidente de esta Corporación. También agradecer a los parlamentarios de oposición que me han manifestado su disposición a respaldar esta conducción.

La amistad cívica, el afecto y respeto que he sentido en estos días comprometen mi voluntad por ejercer la Presidencia de esta Cámara de Diputados con rigurosidad y ecuanimidad, retomando la tradición republicana que hizo posible nuestra propia independencia como nación y que situó a esta Cámara como la fundadora del Congreso Nacional, cuna de nuestra democracia y defensora de nuestras libertades.

A todos ustedes, mis agradecimientos por otorgarme tan alto honor, el que espero honrar con la prudencia y el coraje necesario para que esta Cámara esté a la altura del nuevo ciclo político e institucional que empieza a surgir.

En esta solemne ocasión me permitiré compartir algunas convicciones respecto de este particular momento de la vida política e institucional de Chile y poder, a partir de dicha constatación, avizorar caminos que nos permitan aprovechar la actual crisis institucional para redibujar un nuevo Chile.

Pero permítanme recurrir a la historia de Chile para iniciar estas palabras.

A mediados del 1900, específicamente el primero de agosto de ese año, en el Ateneo de Santiago, Enrique Mac-Iver abordó la sensación de crisis generalizada que se extendía por el Chile de la época.

“... Me parece que no somos felices”, nos decía Mac-Iver. “...se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan...”, remataba.

Lo extraordinario de dicha sentencia, sin embargo, es que ésta se formulaba después de que Chile hubiese alcanzado, en la década precedera, un importante crecimiento económico que se reflejaba en grandes avances para la población:

“...No sería posible desconocer que tenemos más naves de guerra, más soldados, más jueces, más guardianes, más oficinas, más empleados y más rentas públicas que en otros tiempos...” señaló el propio Enrique Mac-Iver en el comentado discurso sobre La Crisis Moral de la República.

Pero acto seguido se preguntó: a pesar de lo alcanzado *“...¿tendremos también mayor seguridad; tranquilidad nacional, superiores garantías de los bienes, de la vida y del honor, ideas más exactas y costumbres más regulares, ideales más perfectos y aspiraciones más nobles, mejores servicios, más población y más riqueza y mayor bienestar? En una palabra, ¿progresamos?...”*

¡Que veleidosa es la vida de los pueblos!

Desde aquel primero de agosto más de cien años han pasado y pareciera, al leer la prensa, ver la televisión y escuchar lo que se ha convertido en lugar común, que poco hemos avanzado.

En efecto, desde hace un tiempo a esta parte se ha hecho sentir con fuerza un profundo malestar en la sociedad y un notorio debilitamiento en la confianza hacia nuestras principales instituciones. La que se expresa de manera brutal en el distanciamiento y descrédito de la política y particularmente en la institución que la representa: el Congreso Nacional.

Probablemente razones hemos dado para que la ciudadanía se alejara de la política y de sus representantes. Pero reducir la actual crisis institucional sólo a la política sería mezquino y, fundamentalmente, un profundo error.

La actual crisis de confianza atraviesa a toda la sociedad y se expresa en la pérdida de credibilidad de las instituciones políticas, empresariales y religiosas. A ello habría que agregar la preocupante pérdida del sentido de lo colectivo en la vida nacional.

Se ha impuesto una cultura que privilegia el bienestar personal por sobre el bien común. La ganancia rápida por sobre el esfuerzo y la medida. El camino corto por sobre el proyecto de largo aliento. El éxito individual por sobre el proyecto colectivo.

Es este factor el que considero está a la base de la crisis actual y que explica la profundidad de la crisis.

Como en 1900, el malestar se expresa después de un periodo de importantes logros. El país no se detendrá ni retrocederá en lo ya logrado. Por el contrario, la sociedad exige con mayor fuerza un nuevo trato; precisamente, porque hemos avanzado, como nación, en bienestar económico y prosperidad.

Hoy la sociedad demanda que estos importantes avances se distribuyan de otra manera y para todos.

La crisis actual, me parece, representa un punto de inflexión en una sociedad que pretende dar un salto cualitativo en la aspiración de ser más desarrollada e integrada. La crisis puede deberse a la necesidad colectiva de transitar hacia un nuevo orden social y político. Por lo tanto, no la podemos negar ni minimizar. Hacerlo sería actuar con miopía, pequeñez y falta de patriotismo.

Son estos momentos de la historia en que los pueblos pueden sentirse tentados a seguir las promesas de iluminados que prometen tener soluciones mágicas, escobas para barrer con el viejo orden para inaugurar otro nuevo. Sin embargo, la historia nos ha demostrado que las respuestas populistas y fanáticas producen más dolor y más daño del que intentan aliviar.

La historia demuestra que los males que se anidan en la democracia se resuelven con más democracia. No hay atajos, ni soluciones fáciles y los representantes del Soberano, congregados en el Parlamento, tienen una responsabilidad ineludible.

Para superar la crisis actual no podemos, como sugieren algunos, alejarnos de la política, sino que, por el contrario, necesitamos de más y mejor política. La sociedad democrática, justa y buena a que aspiramos sólo será posible desde la política.

Lamentablemente, para algunos decir política equivale a promover acuerdos espúreos y oscuros, entre personas que no trepidan en doblegarse al interés de los poderosos. Cuando les hablo de política no me refiero a esa mala política, sino que a la participación esencial del pueblo y sus representantes en las decisiones de nuestra vida en común.

Me refiero a la política como la forma o las formas de conciliar intereses divergentes en el seno de un país plural. Es decir, aquella que busca con astucia, tolerancia, prudencia y flexibilidad maneras para llegar a acuerdos sobre diferentes temas, desde diferentes intereses que están en pugna, en un país heterogéneo y diverso como es Chile.

En tiempo de descrédito y ataques hegemónicos contra la política se hace necesario resituar a ésta en el lugar que le corresponde. Ello por cuanto si fracasa la política triunfa el egoísmo y la intolerancia.

La democracia, el respeto a la diversidad y el apego a los derechos humanos estarán más garantizados en una sociedad donde la Política sea más sólida, reconocida y valorada por la ciudadanía.

Nuestra convivencia en paz no sería posible sin la política y sus instituciones.

Sin buena política, no hay democracia y, sin ella, no hay un país para todos.

Es por ello, que se hace urgente asumir la actual crisis y avanzar con decisión en su superación. Del actual conflicto sólo podemos esperar una resolución que signifique un avance sustantivo en la calidad de nuestra política y, en consecuencia, de nuestra democracia.

Esta Cámara de Diputados está llamada a cumplir un rol fundamental en esta tarea. No sólo porque en ella radica la Soberanía Popular, sino porque representa lo mejor de nuestra tradición republicana y democrática.

Estar a la altura de lo que este nuevo Chile nos demanda requiere de un esfuerzo común. Todos debemos abocarnos a prestigiar nuestras instituciones y, particularmente, hacer de esta Cámara el lugar privilegiado para redibujar nuestra patria.

Pero ello no será posible, si a lo menos no cumplimos con algunas tareas urgentes.

En primer lugar, esta Cámara de Diputados y quienes somos parte de ella, debemos pasar del discurso de crisis a una actitud decidida para enfrentarla y superarla. Dignificar la labor parlamentaria se torna en tarea prioritaria, pero ello pasa por tener conductas más transparentes y sin privilegios vacuos, a estas alturas, inaceptables por la inmensa mayoría de la ciudadanía.

Llegó el momento de asumir que hemos cometido errores y que ello ha contribuido a debilitar la credibilidad en nuestra institución.

Debemos asumir que somos vistos como privilegiados y, lo que es peor, por la conducta de algunos se ha tendido sobre todos un manto de sospecha y opacidad.

Lamentablemente, han sido muchas las ocasiones donde hemos aparecido más vinculados a la defensa de nuestros propios intereses y el de los poderosos que comprometidos en promover condiciones de mayor justicia y equidad para toda la población.

Y si bien esto no representa ni ha representado la conducta más generalizada entre nosotros, ante los medios de comunicación y frente a una sociedad, con razón, llena de desconfianza dicha percepción ha terminado imponiéndose como la realidad dominante.

En consecuencia, he aquí una primera tarea a abordar:

Dignificar con nuestras conductas la labor parlamentaria y con ello resituar la Política en el espacio de lo común, despejando cualquier relación entre la labor parlamentaria y los grupos de poder.

Nunca debemos olvidar que nuestros cargos son para promover el bien de todos; es lo que ha distinguido la política chilena y es el camino con el que hoy nos debemos volver a comprometer.

En consecuencia, la transparencia de la labor legislativa debe ser el sello de identidad de esta corporación.

Un segundo desafío de igual magnitud consiste en poner a esta Cámara de Diputados en la posición que le corresponde en el orden institucional, promoviendo e instalando un nuevo trato con el Ejecutivo.

Nadie podría poner en tela de juicio el rol de los Parlamentos en los sistemas democráticos y la importancia que adquieren, mediante el diálogo y la búsqueda de acuerdos, en la resolución de los conflictos políticos y sociales presentes en la sociedad.

El Parlamento chileno, especialmente esta Cámara de Diputados, debe volver a jugar un rol protagónico en la conducción política, asumiendo las nuevas condiciones sociales y generando las oportunidades para la promoción del diálogo democrático y la búsqueda de los acuerdos en pos de una mejor sociedad.

Debemos procurar que en su seno estén representados todos los sectores e intereses de la sociedad, ser capaces de abrir el debate y el diálogo a todas las voces que tienen una idea de cómo debe ser nuestra vida en común. Cuanto más robusto, plural y serio sea nuestro debate, más sólidas serán las leyes y políticas públicas que produzcamos.

Nuestro Parlamento sigue siendo una institución básica para el sistema democrático. Representa el pluralismo político, expresa e integra los intereses y puntos de vista que coexisten en la sociedad, sostiene los gobiernos con su apoyo y los controla críticamente a través de su función fiscalizadora. El equilibrio entre los distintos momentos de esta quintuple función de representación, expresión, integración, gobierno y control es probablemente la clave de su importancia y vitalidad.

También requerimos de un nuevo trato con el ejecutivo y para ello es imprescindible dotar a esta Cámara de las atribuciones que garanticen el adecuado equilibrio de poderes. Obviamente, lo anterior constituye una tarea mayor que deberá ser abordada en el marco de la discusión constitucional que hemos iniciado.

Sin embargo, no todo puede quedar suspendido o condicionado al desarrollo del proceso constituyente.

Urge un nuevo trato entre Ejecutivo y Parlamento, el que debe ser iniciado con una disposición a considerar y relevar el rol de esta Cámara de Diputados. En este sentido, todo lo que ayude a una mejor coordinación, tanto en las etapas legislativas como en el trabajo pre legislativo, será un progreso.

Pero, más allá de la función legislativa, propia de esta corporación, queremos reivindicar la función política de esta Cámara y para ello solemnemente

comprometo mi voluntad para hacer de este hemiciclo el centro del debate político sustantivo de la República.

Estimadas y estimados colegas,

Soy un optimista y, quizás por mi propia biografía, tiendo a tomar cada desafío como una oportunidad. No le temo a las adversidades y trato, desde la honestidad y con mis limitaciones, enfrentarlas para superarlas.

No puedo desconocer que estamos en momentos complejos para nuestras instituciones y qué decir para quienes nos dedicamos a la función pública. Pero con la misma convicción quiero invitarlos a tener confianza y, fundamentalmente, a trabajar arduamente para reivindicar la política y dignificar a quienes asumen esta importante función.

Tengo la certeza que una vez superado este duro momento, los chilenos y chilenas podremos mirar más confiados el futuro, ya que habremos construido una mejor democracia en una sociedad más integrada y más justa.

Estimadas y estimados colegas. Amigas y amigos que hoy nos acompañan:

He sido socialista toda mi vida. Provengo de una familia popular. Pertenezco a una generación política que vivió los momentos más dramáticos y duros de la ruptura institucional: Soy junto a otros, un sobreviviente de aquellos tiempos. Recuperada la democracia, he sido Ministro de Estado, Presidente de Partido y Parlamentario. Ahora Presidente de esta Corporación.

Desde esa historia y en honor a todos quienes quiero representar, especialmente a aquellos que no están y que debiesen estar, comprometo mi trabajo y el mayor esfuerzo para hacer de esta Cámara el lugar privilegiado para la Política.

Hago votos, para que estemos a la altura de lo que la sociedad hoy nos reclama.

Muchas Gracias